28 mayo 1962

TELEGRAMAS

por Joaquín CALVO-SOTELO
De la Real Academia Española

TELEGRAFIAR a Australia debe de costar una fortuna, pero al alcalde de la ciudad de Plenn, que anda por aquellos parajes, de buena gana le telegrafiaría felicitándole, pese a todos los pesares. Quiero explicar a mis lectores por qué.

El señor alcalde de Plenn ha mantenido iluminada su ciudad mientras Carpenter daba tres vueltas a la Tierra. Plenn, con sus avenidas, sus plazas, sus monumentos y sus edificios públicos, ha prestado a Carpenter los mismos servicios que la farola de la bocana de Ribadeo al conturbado navegante que la enfila los días de borrasca. Plenn ha sido, en la breve pero dramática jornada de Carpenter, su guía generoso. Yo no sé qué ciudad de la Península hubiese podido dispensar análoga ayuda a Carpenter. Salvo Sevilla en ferias, capaz de competir con la Vía Láctea; Barcelona, siempre magníficamente iluminada, y algunas más que se cuentan con los dedos, las ciudades españolas balizan el cielo de manera harto pálida y borrosa. Si hay algo que me lacere el alma cuando cruzo de noche, en vuelo, la frontera de los Pirineos es atisbar en la lejanía, en el fondo del pozo, desde el brocal de la carlinga de los aviones, las luces empobrecidas, titubeantes y frágiles de nuestras ciudades, de nuestros pueblos. No sé el porqué de tan melancólico voltaje; si es por causas económicas o técnicas, no lo sé; constato el hecho... Cuando se habla de la exigüidad de las tiradas de los libros parecemos olvidarnos que en una gran parte de nuestro país leer cuando se ha puesto el sol es empresa reservada a los muy jóvenes o a los muy heroicos. En un enorme porcentaje de las fondas, de los hoteles al uso, es casi imposible hacerlo, salvo que a uno no le importe agravar sus dioptrías. Si alguien ha podido alguna vez leer en nuestros trenes nocturnos sin que le hayan llorado los ojos, que lo diga. Pero, en fin, escribo no para menospreciar las instalaciones eléctricas nacionales, sino para ponderar elogiosamente, como se merece, la actitud del alcalde de Plenn.

Solidaridad se llama esa figura. El alcalde de Plenn ha puesto cuanto estaba a su alcance para que el vuelo de Carpenter fuera un éxito. Con independencia de los misteriosos aparatos que ayudan los vuelos sin visibilidad, los aterrizajes con pilotos automáticos y otras hazañas semejantes, resulta que en el último momento más útiles son esos elementales medios de orientación que los goniómetros y el radar y otras complejas invenciones. Siempre me asombró leer en "Mi aeroplano y yo" que Lindbergh intentó preguntar por señas a los tripulantes de unos pesqueros si iba bien para la costa. Carpenter, asegurándose que sigue el rumbo previsto, no por lo que le dicen los registros de a bordo, sino por las luces de la Main Street de Plenn, parece inducirnos con ironía a depositar nuestra confianza sólo en aquello que percibimos directamente por nuestros sentidos. A la hora de la verdad, las luces de Plenn eran las que contaban, y quién sabe si sólo al notar su falta comprendió que su aterrizaje o amaraje se hacía problemático. El alcalde de Plenn tiene, pues, su parte en la victoria del astronauta, y esa colaboración acentúa el carácter colectivo y de equipo de estas experiencias, en las que su protagonista visible sólo contribuye con la aceptación del riesgo a que se le somete y con su salud a prueba a que triunfen o fracasen y es mientras duran un pobre ser casi inerme, simple sujeto pasivo de las sensaciones que recibe, con una limitadísima autonomía de movimientos, únicamente recobrada cuando le llega el breve y gimnástico trance de abandonar su cápsula y de salvarse a nado, como si se le fuese a pique la lancha de la merendola. El alcalde de Plenn, en consecuencia, ha hecho lo que ha podido, y ya es bastante. Y aún me atrevo a decir que no podrá seguir haciéndolo mucho tiempo. Todavía circunvalar la Tierra es empresa de la que se envanecen muy pocos; pero lo de que el Presidente Kennedy telefonee a los astronautas preguntándoles cómo les fué la cosa se está acabando. El tráfico espacial va a aumentar de tal manera que a los astronautas futuros cuando llamen a la Casa Blanca les dirán que el Presidente ha salido. Iluminar una ciudad puede hacerse una vez, o dos, y tres. A la cuarta ya empezarán los gruñidos de los regidores o de los contribuyentes. "¿Y no podrían elegir otra ruta?", rezongarán los cronistas municipales.

Pero, entre tanto, confesemos que una reconfortante sensación de asistencia, de espontánea ayuda, ha implicado a todos los habitantes del mundo civilizado con los que acometían el intento fabuloso de escapar de la Tierra. Esa media hora sin noticias ha cortado la respiración a millones de norteamericanos. En los treinta minutos de mayor aislamiento de su vida entera, Carpenter, pura paradoja, tenía latiendo con el suyo el corazón de medio mundo. Es indudable que eso ha de repetirse pocas veces, salvo cuando los ciclos de los astronautas se ensanchen y multipliquen y abarquen otras metas mayores—la Luna, Marte...—. Pero ya dice algo en favor del hombre y de su sensibilidad el que esos fenómenos de sintonización sentimental se hayan producido. En toda Europa se cultivó el deporte—que la Policía sancionaba con benignidad—de perseguir a los primeros automovilistas a pedradas. Siempre que la civilización ha desembarcado en las playas de los salvajes ha sido recibida a flechazo limpio. Muy al contrario, el alcalde de Plenn ha saludado el tapón de botella que transportaba a Carpenter como un gran señor. De buena gana le hubiese ofrecido las llaves de la ciudad; pero Carpenter no pudo detenerse. Me imagino que, de vuelta a la Tierra—hogar, dulce hogar—, le habrá telegrafiado él—sí, no tendría disculpa—agradeciéndoselo.

Por cierto, Rusia telegrafió también, prometiéndoselas muy felices con la colaboración norteamericana para explorar el espacio. ¿Se le ocurrió brindarla en los tiempos de Titov y de Gagarin? Parece que no. Puestos a telegrafiar, otro telegrama podría expedir Carpenter: "Muy reconocidos. Ya no nos hace falta."